

Dos manos

Relato finalista del XXXII certamen literario "Joaquín Lobato".
Publicado por el Ayuntamiento de Vélez-Málaga en 2020.

© Manuel Dorado, 2019.

Durante la caída los veía alejarse allá arriba. Los miraba a los dos, cómo se abrazaban: él, allá arriba, con gabardina, y ella, en la cornisa también, rubia. Abrazados los dos la miraban y se alejaban y sus siluetas se hacían minúsculas, hasta casi perderse. Y mientras caía notaba el viento en la nuca, en la espalda. Su propio pelo, sus propios bucles rubios, ondeaban hacia arriba. El edificio y sus ventanas, como una cuadrícula iluminada, parecían despegar, correr hacia el cielo negruzco y lechoso de la ciudad. El grito constante en su garganta. Huían ya todos de ella. La abandonaban. Y ella y él allá arriba, haciéndose pequeños. El viento, como si soprase desde el asfalto, hacia arriba. Ellos arriba. Más y más lejos. Más velocidad, más viento. Y ellos arriba. Y un grito agudo en sus oídos. Grito interno, como un silbato soplado dentro de la cabeza, que gritaba. Gritaba en la caída. Gritaban las sirenas a su espalda. Se acercaban, se agrandaban las ambulancias. Y arriba, su vida. Y su grito. Y más viento, más deprisa. Más. Después chocaba. Contra el asfalto de la ciudad. Sobre el asfalto del planeta entero, chocaba.

Y no dejabas de ver que segundos antes las habías tenido a las dos en tus manos. Cuelgan ambas suspendidas en el vacío al borde de la cornisa. Una se aferra a una mano. Rubia. Tu hija, rubia como su madre. La madre pende del otro antebrazo. Pesa exactamente lo mismo. También rubia. Tu mujer. En la penumbra acuosa casi no se distingue una de la otra. ¿Querían acaso volar sobre el asfalto y las

luces de las sirenas desde el piso veintitrés? No, son casi iguales, pero sabes que solo una podría haber querido volar; la otra debió de seguirla hasta la cornisa. Penden ahora las dos de ti. De tus brazos. Se aferran a tus manos y tu gabardina. Pero de ningún modo vas a poder con las dos durante mucho más tiempo. Y tu vida, esos pocos minutos que les dedicas cada día, a la hora del desayuno, se hacen inimaginables sin alguna de las dos; los minutos del desayuno se quedan sin sentido en estos momentos en los que tus brazos todavía son capaces de contener la odiosa fuerza del planeta, que tira y tira de ellas hacia el asfalto. Todavía aguantas. Y sabes que de haber llegado solo unos segundos antes, no hubieses necesitado aguantar.

Cuando Carol Highbright, en el forcejeo con Susan Highbright, pierde el abrigo de visión, todavía están las dos de pie, sobre la cornisa. El abrigo cae, planeando y haciendo cabriolas, hacia el maremagno motorizado que hormiguea en el asfalto, veintitrés pisos más abajo. Un manotazo, un tirón y las perlas del collar caen ordenadamente tras la estela del abrigo, como un granizo pulido y sofisticado. Al terminar la lluvia de perlas, un tacón de aguja, 4 pulgadas de Blahnik, cede, se quiebra y vuela también. Y con la pérdida del tacón, se balancea ella. Y tras Carol Highbright, se vuelca también, atraída por el imán del globo terráqueo, Susan Highbright.

A ti, la carrera hacia la ventana abierta apenas te ha alcanzado para agarrarlas a las dos. Las interceptas en su despegue de la cornisa sin desear entender cuál es el sentido de su vuelo. Solo piensas en detenerlo, el vuelo. Entonces se aferran las dos con fuerza a tus manos. Así que en realidad no querían volar. Esa ilusión vaga te alivia. Te anclas con el vientre en el alféizar de la ventana, y el lacado blanco de la madera y el borde rugoso del granito de la cornisa se te clavan en las costillas. Carol y Susan tiran de ti. Carol y Susan te miran con los ojos muy abiertos.

Lo último que hubiese deseado Susan era encontrar las fauces del enemigo en la cornisa. En cambio, frente a ella, hasta allí arriba,

habían llegado esas manos como las suyas pero con más joyas, el pelo como el suyo pero con un peinado mucho más altivo, la cara como la suya, pero con esa lisura tecnológica que ralentizaba la sonrisa y artificializaba el movimiento de los párpados. Por lo demás, las manos que la empujaban y la agarraban y la sostenían y la arrastraban eran extremos de un ser de formas y gestos idénticos a los propios. Y tan opuesto que las fauces acariciaban sus propias fauces al arrastrarla al vacío donde fondeaban lejanos taxis amarillos. Si al menos su madre hubiese venido en taxi, la podría haber visto llegar. Su madre: el enemigo y sus fauces.

Pero Carol Highbright entra en el apartamento de Central Park West, deja las llaves del Jaguar en la repisa y va hacia su habitación, mientras forcejea con el broche del collar de perlas. Algo que es tan caro y se abrocha tan rematadamente mal le resulta casi un insulto. Siente frío. No era un apartamento de la avenida Central Park West un lugar donde debiera hacer frío. Va a quitarse el abrigo de visón, pero no lo hace. La ventana de su cuarto está abierta, observa. Los visillos revolotean con la brisa húmeda del Hudson. El cielo turbio de Nueva York, más allá. Pero... ¡La silueta de una persona se perfila sobre los visillos! Carol se lleva una mano a la garganta, justo sobre las perlas del collar. «¿Quién anda ahí?».

«¿Quién anda ahí?», escuchó Susan cuando ya había dado el primer paso hacia el borde de la cornisa. Nítidos abajo, el amarillo de los taxis, las luces oscilantes de un coche patrulla, el rugido del beso de unos amantes en Central Park, los semáforos, las mariposas de alas de colores eléctricos y el atasco de los viernes a la hora de cerrar las tiendas de la Quinta. Mucho mejor paisaje que el de su campo de batalla. No soportaba ver más las fauces del enemigo. Ella era una artista. Las fauces de su gota gemela, su opuesta diametral y simétrica, se abren sobre ella. Qué sabía su enemigo de perspectiva. Y de amor, ¿qué sabía?. «¿Quién anda ahí? ¡He llamado a la policía!», decía su madre. «¿Mamá?».

Llegas a casa, tras invertir casi todos los minutos de tu día en las oficinas de Wall Street. Llegas, como todas las noches, pero hay algo distinto y sientes un palpito, un estremecimiento en el aire como si alzasen el vuelo a la vez todos los pájaros de Central Park, y el palpito te atraviesa la corbata, la camisa y te golpea como un diapasón sobre ese músculo que bombea, sin que nadie se lo haya pedido nunca, continuamente, bajo la piel. Pobres y débiles músculos. Y se queda ahí vibrando, el palpito. Y el músculo. «¡Suéltame!», grita la voz de tu hija. Toda la casa está a oscuras, salvo el recibidor y, al fondo, la línea de luz que sale de tu cuarto. «¡Estás loca!», grita tu mujer desde el mismo punto de donde venía la voz de tu hija. Corres sin quitarte siquiera la gabardina. Los cláxones, los motores, el borboteo de la ciudad veintitrés pisos más abajo se escucha, nítido, demasiado nítido, junto con las voces que gritan en esa habitación, como si alguien hubiese dejado todas las ventanas abiertas esta noche. Corres hacia la ventana abierta. Llegas a la ventana abierta. Dos mujeres se precipitan desde la cornisa de la ventana abierta. Agarras a las dos, en el último momento, sin saber cómo, las coges. Son ellas.

Carol Highbright mira a los ojos a Donald Highbright. No puede mirar abajo, no puede hablar. No podía casi dar una bocanada de aire.

Susan miraba a su padre y miraba hacia abajo. Luces parpadeantes de ambulancias que detenían el flujo de los taxis. Luces de bomberos, de coches patrulla. Hormigas y mariposas arremolinándose en la acera acordonada de la avenida Central Park West.

Se agarra con fuerza a la gabardina.

Pero no te quedan fuerzas apenas. Ves que los bomberos y los policías, veintitrés pisos más abajo entran a la carrera en el portal de tu edificio en Central Park West. Tardarán poco en llegar arriba. ¿Pero acaso has dejado la puerta abierta? Carol Highbright te dedicó su vida, te quiso y te dio esta posición. Te amó antes de que llegases

a ser nada. Y te ama ahora. Sin ella seguirías arruinado. No serías nada por muchos eones que pasases en los teléfonos de Wall Street. Y tampoco serías el padre de Susan Highbright. Ella era todo lo que tenías. Ella también era todo lo que tenías.

Donald Highbright apenas podía aguantar más el peso de las dos. Ella coge una bocanada de aire. Los ojos muy abiertos e inundados, con una expresión extraña y artificial, como de robot sorprendido.

«No me sueltes», decía ella.

«No la sueltes», dice la otra.

Tú sabes que solo aguantarás el peso de las dos durante varios segundos más.

Y él tenía que salvar a las dos. El viento frío del Hudson le alborotaba el pelo rubio.

Es rubio como el de su madre.

Dos manos tienes. Dos mujeres casi iguales.

Las fauces ya no te muerden.

No te mordía.

«¡Aguanta!».

Tenías una vida perfecta: muchos lujos, pocos minutos. Apenas te quedan segundos. Las dos manos se escurren a la vez, las costillas ceden, el abdomen cede. El dolor.

Ella quería salvarla.

Ella quiere destruir tu vida.

Llaman a la puerta, golpean.

«¡Derríbenla!», gritaba él.

Pero no te oían, y junto con el grito, una milésima de tu fuerza se esfuma y el planeta entero tira hacia abajo, con su imán gravitatorio, de dos pesos idénticos que penden de tus manos. Dos manos, dos pares de ojos idénticos mirándote. Has ganado medio millón de dólares hoy. Aparcas entre el Jaguar perla de tu mujer y el Mustang camel de tu hija. El desayuno esta mañana ha sido otro choque de látigos en el aire. Restallaban tu mujer y tu hija, casi iguales por

fuera, tan opuestas ahora. Eran complicados los jóvenes. Eran complicadas las mujeres. Nadie ha tocado tus tostadas, tu café, las tortitas, que les has preparado a ellas. Son los únicos minutos, pobres y lentos minutos, en los que tú haces algo en casa, para la casa, para tu familia. Pero no esperabas que las dos hubiesen vuelto ya al apartamento esta tarde. Esperabas poder hablar a solas con tu hija: convencerla de que pidiese excusas a su madre. Y después, calmar a la madre. Las dos idénticas. Pero a los diecisiete se es muy egoísta y solo se piensa en besos como rugidos y mariposas de colores extravagantes, que de ninguna forma se pueden consentir. Pero eso tu mujer, aunque lo comparte, lo hace estallar con sus palabras percutidas como las balas. Miras con impaciencia lo lentos que ascienden hoy los números del ascensor: piso veintiuno, piso veintidós... Las sirenas aúllan veintitrés pisos más abajo. Dos manos. Todos a punto de caer al vacío brumoso de la ciudad. Dos manos. Las fuerzas se van, el planeta gana. Dos mujeres sujetas con dos manos. Ella pierde fuerza en sus manos pálidas. Ella clava los dedos pálidos en el antebrazo. «¡Derriben la puerta, por Dios!». Vuelven a ceder los músculos. Cierras los ojos. Los aprietas. Los aprietas más. Los aprietas. Más.

Una mano.

Un solo cuerpo sujeto con dos manos.

Los ves arriba, alejándose. Él con gabardina, ella rubia, casi idéntica a ti.

Lloraba al ser elevada a la cornisa. Se abrazaba y miraba hacia abajo.

Escuchas estallar el lacado de la puerta a tu espalda mientras la ves a ella convertirse en un punto, una mariposa lejana de alas doradas e inservibles. Tropel de uniformes inservibles por toda la casa. Solo una.

Los ves arriba, pequeños.

Solo una.

Lloraba.

Después, nada.